



LA vida del Gran Teatro del Liceo, con sus 130 años de historia a cuestas, pródiga en acontecimientos propicios y no faltada de cuitas y peripecias, pero en constante progresión paralela al engrandecimiento de Barcelona de la que llegó a representar en un momento dado su más sensible pulso cultural, artístico y cívico, parece que se nos está consumiendo. Esta verdadera institución ciudadana pasa por una difícil etapa en su propecta trayectoria que se manifiesta menos en hechos adversos concretos —aun abundando éstos— que en una sensación de desamparo, en un ambiente de indiferencia, cuando no de hostilidad, creado en torno a la función que le corresponde; la de mantener abiertas sus puertas a un espectáculo como la ópera que en cualquier país o ciudad del mundo representa la manifestación de una madurez y un nivel cultural más elevado.

Acaso este supuesto sea demasiado alarmista, pero ahí está la cruda realidad; el público, bastantes conspicuos liceístas y no pocos propietarios de palcos y butacas, parecen desentenderse de esta aciaga temporada de representaciones que precisamente desde el punto de vista cualitativo revela una superación patente respecto a las últimamente celebradas. Cierto

es que en varias ocasiones el teatro se ha llenado, que una gran mayoría ha querido aplaudir a determinados cantantes, divos favoritos, o alguna ópera predilecta de todos, pero estas reacciones positivas no han conseguido reanimar esta atonía general que pone en peligro la continuidad del único teatro lírico de categoría que funciona en España, repitémoslo, desde hace 130 años.

CAMBIO DE IMAGEN

Esto se produce además, precisamente cuando el Liceo progresivamente ha ido cambiando su imagen de reducto clasista que tuvo en años pretéritos, cuando todos los teatros de ópera lo eran, mucho más que el nuestro y que también han transformado su rostro. Ya prescribieron aquellas pomposas funciones de gala, ya desaparecieron aquellos smokings obligatorios, las jactanciosas «presentaciones en sociedad» y otras ostentaciones igual que, afortunadamente aquel provinciano espectáculo de las «salidas del Liceo» con los ramblistas agrupados frente a la fachada para contemplar embobados a los «ricos» desfilando hacia sus automóviles.

Ahora las circunstancias y las costumbres han cambiado rápidamente y el Liceo es un tea-

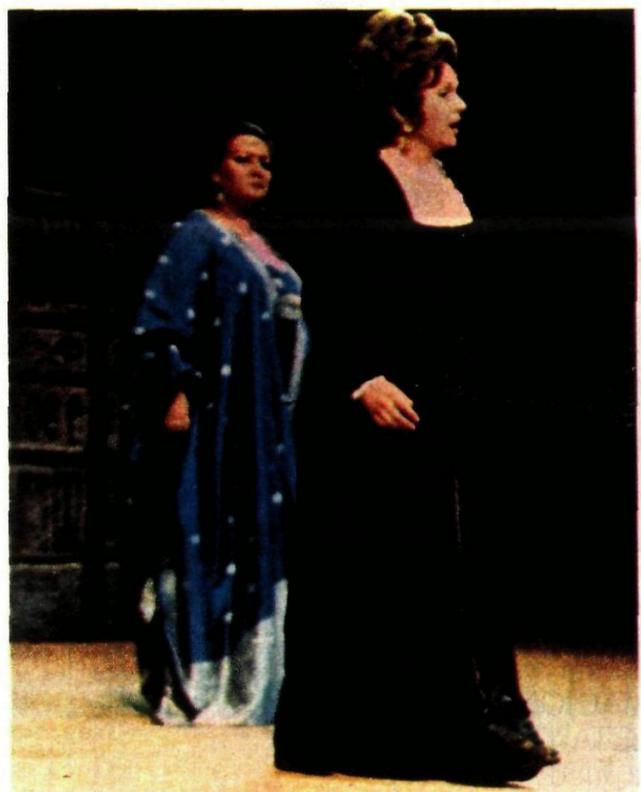
tistas, cantantes, músicos, técnicos y operarios de la más diversa condición. Un teatro, finalmente; que no puede subsistir más que pagado por los que deberían acudir a sus celebraciones aceptando el precio de las localidades, elevado sin duda, pero en la actualidad equivalente o a veces incluso inferior al de algunos conciertos sinfónicos de categoría o de más de un espectáculo sin ninguna significación ni relevancia.

NO ES IRREVERSIBLE

Por fortuna hay algún indicio de que la crisis del Liceo no es irreversible. La noticia publicada en algún periódico, de que el actual empresario don Juan Antonio Pamias renunciaba a continuar en su puesto después de treinta años de titánica voluntad obstinada para que en cada temporada se renovara el milagro de coronarla sin contratiempos, fue una información por lo menos precipitada que no ha llegado a confirmarse.

El Liceo sigue, queremos esperar que seguirá su andadura, vinculado como hasta ahora al impulso vital de Barcelona, sujeto a los naturales cambios o renovaciones que pueden vigorizarlo y ponerlo al alcance de un número cada día más elevado de los aficionados y los ávidos de las manifestaciones ar-

UNA ETAPA DIFÍCIL PARA EL GRAN TEATRO DEL LICEO



tro como los demás, con unas pocas aunque significativas diferencias; subsiste como una de las salas de ópera más hermosas del mundo, con una egregia tradición musical, es un teatro por el que un grupo de barceloneses continuadores en quinta o sexta generación de aquellos que lo edificaron y reedificaron, sienten todavía el orgullo de preservarlo como patrimonio de la ciudad; un teatro donde se presenta el fenómeno de la ópera, el espectáculo actualmente de más compleja organización y el más costoso de mantener. Y si consideramos el aspecto pecuniario, y su alcance social, un escenario en el que levantar el telón supone proporcionar trabajo a centenares de personas —quinientas o más—, entre ar-

tísticas que allí encuentran un esplendoroso marco, pero sin buscar para sus problemas soluciones utópicas o contrarias a las que han permitido hasta ahora su supervivencia que es preciso salvaguardar.

Si el Liceo cambiara o perdiera su propia y singular estructura funcional se desintegraría fatalmente. Quedaría entonces sólo el recuerdo de su pasado esplendor y la belleza dorada de la magnífica sala como una reliquia museística y como testimonio acusador de la pasividad, la deserción y la insensatez de aquellos que lo hubieran dejado morir.*

XAVIER MONTSALVATGE

Fotos: CATALA ROCA, BELVER y SALMER

1: El bello proscenio del Gran Teatro del Liceo en un fin de acto. — 2: Representación de «La Africana». En primer término Christine Weidinger y, al fondo, Montserrat Caballé. — 3: Interior del Liceo. — 4: Ballet del Gran Teatro del Liceo, durante la representación de «La Africana».